

La colección UN LIBRO POR CENTAVOS, iniciativa de la Decanatura Cultural de la Universidad Externado de Colombia, persigue la amplia divulgación de los poetas más reconocidos en el ámbito nacional e internacional y la promoción de los nuevos valores colombianos del género, en ediciones bellas y económicas, que distribuye para sus suscriptores la revista *El Malpensante* y se obsequia en bibliotecas públicas, casas de cultura, colegios, universidades, cárceles y organizaciones gubernamentales.

Este número 76 es una antología de Porfirio Barba Jacob, preparada por Miguel Méndez Camacho, bajo el título: *Canción de la vida profunda*.



N.º 76

*Canción de la
vida profunda*
Antología



Porfirio Barba Jacob

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
DECANATURA CULTURAL

2011

ISBN 978-958-710-752-4

© UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA, 2011

Calle 12 n.º 1-17 este, Bogotá - Colombia

Tel. (57 1) 342 0288

dextensionc@uexternado.edu.co

www.uexternado.edu.co

Primera edición

Diciembre de 2011

Ilustración de cubierta

El puente japonés, por CLAUDE MONET, óleo sobre lienzo,
1918-1924, Museo de Orsay, París

Diseño de carátula y composición

Depto. de Publicaciones

Impresión y encuadernación

Nomos Impresores

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

UNIVERSIDAD
EXTERNADO DE COLOMBIA

Fernando Hinestroza
Rector

Miguel Méndez Camacho
Decano Cultural

Clara Mercedes Arango
Coordinadora General

CANCIÓN DE LA VIDA PROFUNDA

Hay días en que somos tan móviles, tan móviles,
como las leves briznas al viento y al azar...
Tal vez bajo otro cielo la Gloria nos sonría...
La vida es clara, undívaga y abierta como un mar...

Y hay días en que somos tan fértiles, tan fértiles,
como en Abril el campo, que tiembla de pasión;
bajo el influjo pródigo de espirituales lluvias,
el alma está brotando florestas de ilusión.

Y hay días en que somos tan sórdidos, tan sórdidos,
como la entraña oscura de obscuro pedernal;
la noche nos sorprende, con sus profundas lámparas,
en rútilas monedas tasando el Bien y el Mal.

Y hay días en que somos tan plácidos, tan plácidos...
—¡niñez en el crepúsculo! ¡lagunas de zafir!—
que un verso, un trino, un monte, un pájaro que
cruza,
¡y hasta las propias penas! nos hacen sonreír...

Y hay días en que somos tan lúbricos, tan lúbricos,
que nos depara en vano su carne la mujer;
tras de ceñir un talle y acariciar un seno,
la redondez de un fruto nos vuelve a estremecer.

Y hay días en que somos tan lúgubres, tan lúgubres,
como en las noches lúgubres el llanto del pinar:
el alma gime entonces bajo el dolor del mundo,
y acaso ni Dios mismo nos pueda consolar.

Mas hay también ¡oh Tierra! un día... un día...
un día
en que levamos anclas para jamás volver;
un día en que discurren vientos ineluctables...
¡Un día en que ya nadie nos puede retener!

FUTURO

Decid cuando yo muera...(¡y el día esté lejano!):
soberbio y desdeñoso, pródigo y turbulento,
en el vital deliquio por siempre insaciado,
era una llama al viento...

Vagó, sensual y triste, por islas de su América;
en un pinar de Honduras vigorizó el aliento;
La tierra mexicana le dio su rebeldía,
su libertad, su fuerza... Y era una llama al viento.

De simas no sondadas subía a las estrellas;
un gran dolor incógnito vibraba por su acento,
fue sabio en sus abismos –y humilde, humilde,
humilde–
porque no es nada una llamita al viento...

Y supo cosas lúgubres, tan hondas y letales,
que nunca humana lira jamás esclareció,
y nadie ha comprendido su trágico lamento...
Era una llama al viento y el viento la apagó.

NO TARDARÉ. NO LLORES...

No tardaré. No llores.

Yo para ti he cogido
del áspero romero azules flores;
las aves en su nido;
cristales en las grutas;
las mariposas en su vuelo incierto;
y de los viejos árboles del huerto
las sazoadas frutas.

Y he aprendido las lánguidas querellas
que cantan al bajar de la montaña
los grupos de doncellas;
y la conseja extraña
que, mientras silba ronco
el viento en la vetusta chimenea,
cuenta alrededor del encendido tronco
el viejo de la aldea.

PARÁBOLA DEL RETORNO

Señora, buenos días; señor, muy buenos días...
Decidme, ¿es esta granja la que fue de Ricard?
¿No estuvo recatada bajo frondas umbrías?
¿No tuvo un naranjero, y un sauce, y un palmar?

El viejo huertecito de perfumadas grutas
donde íbamos ...donde iban los niños a jugar,
¿no tiene ahora nidos y pájaros y frutas?
Señora, y ¿quién recoge los gajos del pomar?

Decidme, ¿há mucho tiempo que se arruinó el molino
y que perdió sus muros, su acequia, su pajar?
Las hierbas, ya crecidas, ocultan el camino.
¿De quién son esas fábricas? ¿Quién hizo puente
real?

El agua de la acequia, brillante, fresca y pura,
no pasa alegre y gárrula cantando su cantar;
la acequia se ha borrado bajo la fronda oscura,
y el chorro, blanco y fúlgido, ni riel ni murmura...
Señor, ¿no os hace falta su música cordial?

Dejadme entrar, señores...¡por Dios! Si os
importuno,
este precioso niño me puede acompañar.
¿Dejáis que yo le bese sobre el cabello bruno
que enmarca, entre caireles, su frente angelical?

Recuerdo...Hace treinta años estuvo aquí mi cama;
hacia la izquierda estaban la cuna y el altar...
Decidme, ¿y por los techos aún fluye y se derrama,
de noche, la armonía del agua en el pajar?

Recuerdo...Éramos cinco...Después, una mañana,
un médico muy serio vino de la ciudad;
hizo cerrar la alcoba de Tonia y la ventana...
nosotros indagábamos con insistencia vana,
y nos hicieron alejar.

Tornamos a la tarde, cargados de racimos,
de piñuelas, de uvas y gajos de arrayán.
La granja estaba llena de arrullos y de mimos:
¡y éramos seis! Había nacido Jaime ya!

Señora, buenos días; señor, muy buenos días.
Y adiós... Sí, es esta granja la que fue de Ricard,
y éste es el viejo huerto de avenidas umbrías,
que tuvo un sauce, un roble, zuribios y pomar,
y un pobre jardincillo de tréboles y acacias...

Señor, muy buenos días! Señora, muchas gracias!

VIRTUD INTERIOR

Llego aquí como ayer, sencillamente,
y en medio de los campos
abandono mi cuerpo
sobre la hierba fácil.

Ni voces que interrumpen la secreta
comuni3n de la vida,
ni libros imponentes
ni exceso de palabras.

Dulce cielo otoñal sobre los valles;
el agua limpia, el césped, la inefable
sencillez de las cosas;
y yo, sin ligaduras,
buscando el rumbo cierto
a la sombra de Dios que me sustenta.

Y la emoción que me darán los hálitos
del bosque, santamente,
y el éxtasis divino del silencio
debajo de los árboles...

La noche azul me cubre;
mi frente se circunda
de lirios y de estrellas,
y nace mi bondad y va fluyendo;

y en la inquietud absorto,
sobre la hierba trémula,
mi corazón humilde
ama todas las cosas;

y siento hervir mi sangre,
y quiero derramarla,
y esta virtud cruenta
me va purificando...

ÁNIMA VICTA

Ya ni dolor, ni voluntad, ni ensueño,
ni gajo de laurel... ¡ya nisiquiera
mi corona de espinas!

Del cuerpo en flor la vibración postrera
una indolente laxitud apaga.

Todo el sentido en los risueños surcos
ni el oro claro de la mies advierte;
y ni a la noche en soles encendida
responde el eco de la carne, sorda
como la piedra en el brocal dormida.

Hálito de pasión, viento nocturno,
trágica sangre en cóleras vestida,
hierro del desamor, puñal del odio,
¿en dónde estás?...

¡Oh laxitud cobarde!
¿Quién me dará la fiebre luminosa,
fuego de mi radiante poesía,
madrina de ideal, pan de mis versos?

Oh si quisiera, oh si pudiera un día
gustar aún las mieles deseadas,
bajo mi vieja y lúbrica alegría...
sordas tormentas en la noche oscura;
beso de la mujer maligna y firme;
un sueño criminal, una locura
en que la incierta voluntad se afirme...

Oh, si quisiera, oh si pudiera un día
gritar aún bajo la noche clara;
¡sangre del crimen, riega tus destellos
en mis aguas letales y serenas!
¡viento nocturno, agita mis cabellos!
¡hálito de pasión, hincha mis venas!

Ya ni la dulce dádiva que ofrece
al corazón la magia del recuerdo
medra bajo las ruinas atediadas,
y hasta el tenue perfume de sus rosas
en mi opulenta juventud lo pierdo.
En un vago anhelar el alma opresa,
ni aviva el fuego de pasión que muere
ni por los rotos ideales llora...
¡Débil mi voluntad, todo lo quiere;
sabio mi corazón, todo lo ignora!

TRISTE AMOR

No hay nada grande, nada, sino la Muerte... En vano
querrá un ardiente Numen, tras líricos empeños,
aprisionar la turba de los silfos risueños
o descubrir las líneas de un rostro sobrehumano.

Las cosas son la espuma del tiempo en nuestra mano;
la gloria es eco de una proeza urdida en sueños:
joyeles y palacios de exóticos diseños
son fábrica de niebla, ruido del oceano...

Con todo, Cintia mía, en la noche nevada
junta a mi carne lívida tu carne sonrosada...
y un hijo rasgue otrora las brumas del camino.

¡Si es crimen dar renuevos a la materia oscura,
yo purgaré en mí mismo la erótica locura
de dos lobeznos tristes que amamantó el Destino!

SOBERBIA

Le pedí un sublime canto que endulzara
mi rudo, monótono y áspero vivir.
El me dio una alondra de rima encantada...
¡Yo quería mil!

Le pedí un ejemplo del ritmo seguro
con que yo pudiera gobernar mi afán.
Me dio un arroyuelo, murmurio nocturno...
¡Yo quería un mar!

Le pedí una hoguera de ardor nunca extinto,
para que a mis sueños prestase calor.
Me dio una luciérnaga de menguado brillo...
¡Yo quería un sol!

Qué vana es la vida, qué inútil mi impulso,
y el verdor edénico y el azul Abril...
¡Oh sórdido guía del viaje nocturno:
¡Yo quiero morir!

SAPIENCIA

Nada a las fuerzas pródidas demando,
pues mi propia virtud he comprendido.
Me basta oír el perennal rüido
que en la concha marina está sonando.

Y un lecho duro y un ensueño blando;
y ante la luz, en vela mi sentido
para advertir la sombra que al olvido
el ser impulsa y no sabemos cuándo...

Fijar las lonas de mi móvil tienda
junto a los calcinados precipicios
de donde un soplo de misterio ascienda,

y al amparo de Númenes propicios,
en dilatada soledad tremenda
bruñir mi obra y cultivar mis vicios.

LAMENTACIÓN DE OCTUBRE

Yo no sabía que el azul mañana
es vago espectro del brumoso ayer;
que agitado por soplos de centurias
el corazón anhela arder, arder.
Siento su influjo, y su latencia, y cuando
quiere sus luminarias encender.

Pero la vida está llamando,
y ya no es hora de aprender.

Yo no sabía que tu sol, ternura,
da al cielo de los niños rosicler,
y que, bajo el laurel, el héroe rudo
algo de niño tiene que tener.
¡Oh, quién pudiera de niñez temblando,
a un alba de inocencia renacer!

Pero la vida está pasando,
y ya no es hora de aprender.

Yo no sabía que la paz profunda
del afecto, los lirios del placer,
la magnolia de luz de la energía,
lleva en su blando seno la mujer.
Mi sien rendida en ese seno blando,
un hombre de verdad pudiera ser...

¡Pero la vida está acabando,
y ya no es hora de aprender!

CANCIÓN LIGERA

Si acongoja un dolor a los humildes,
o si miran un valle, un monte, un mar,
dicen tal vez: “Dichosos los poetas
porque todo lo pueden expresar”.

¡Ah, pero en el misterio en que vivimos,
la cotidiana y múltiple emoción,
como no encuentra un ritmo que la cante
se ahoga en el sepulto corazón.

Y están sin voz el oro de los trigos,
el són del viento en pugna con el mar,
la luz que brilla, el grito que se apaga
y el llanto de la noche en el palmar.

Y están sin voz, perennemente mudos,
sin quién venga su espíritu a decir,
el sol, la brizna, el niño y el terrible
prodigio del nacer y del morir.

Y nosotros, los míseros poetas,
temblando ante los vértigos del mar,
vemos la inexpresada maravilla,
y tan sólo podemos suspirar.

EL PENSAMIENTO PERDIDO

Yo tuve un pensamiento de inspiración divina,
seguro como un monte y arduo como un amor:
encerraba el misterio de la onda marina,
del vuelo de las águilas, del giro de la flor.

Jamás lucero alguno vertió desde la altura,
sobre el escueto páramo, más dulce claridad
que el pensamiento mío sobre mi carne oscura,
por él bañada en lampos de ardiente castidad.

Bajo su beso el mundo reía en la alborada,
y la alborada fue mi honda de David...
¡Oh ternura sin lágrimas de la luz aniñada,
jugando en los racimos maduros de la vid!

Bajo su luz, la ira del ademán cruento
fue hermana del zis-zás alegre de la hoz;
y cuando dije un día con ánimo violento:
“Yo no quiero un prodigio, me basta un pensamiento”
¡estaba ya el prodigio, temblándome en la voz!

A su encendida lumbre –rubí, zafiro, día
cerúleo– iban las múltiples fuerzas del Bien y el Mal
(palomas y milanos) con rumbo a la armonía,
y todo se nutría de ciencia divinal.

Agrias tormentas –agrias como erizada roca–
entre la mente impura y el torpe corazón;
plegaria que te vuelves, al brotar de la boca,
iracunda blasfemia y ardiente maldición;

enfermedad sagrada que busca lo absoluto
en nuestro ser efímero, y no lo puede hallar;
amante Poesía que llevas hasta el bruto
tus perfumadas ánforas, tu lirio, tu azahar;

soplo que extingue, al paso, la flama de la vida;
ósculo de las sombras; fatídico vaivén
entre un día futuro y una edad preterida:
hambre de azul; melódica nostalgia del edén...

Todo bajo la lumbre del claro pensamiento
era impulso armonioso –miel, perla, vino, abril...–
¡El suspiro de Dios, que armonizaba el viento,
iba en mi pensamiento por el viento de abril!

NUEVA CANCIÓN DE LA VIDA PROFUNDA

Te me vas, torcaza rendida, juventud dulce,
dulcemente desfallecida: ¡te me vas!
Tiembla en tus embriagueces el dolor de la vida.
-¿Y nada más?
-Y un poco más...

La mujer y la gloria, con puños ternezuelos,
llamaron quedamente a mi alma infantil.

¡Oh, los primarios ímpetus! ¡Los matinales vuelos!
Tuve una novia... Me parece que fue en Abril...

Yo miraba el crepúsculo
y creía que “eso” era el crepúsculo:
¡sí, tácita en la noche, la estrella está detrás!
El Numen de Colombia me dio una rosa bella,
mas yo pedí el crepúsculo y codicié la estrella...
-¿Y nada más?
-Y un poco más...

Y escuché que cantaban su canción de ambrosía
Pisinoe en la onda y en la onda Aglaopea:
el mundo, como un cóncavo diamante, parecía
hecnhido hasta los bordes por la amorosa idea.

¡Fue entonces cuando advino Evanaam, el dulce
amigo de mi alma, que no volvió jamás!

Yo amaba solamente su amistad dulce...

-¿Y nada más?

-Y un poco más...

¡Y luego... ser el árbitro de mi torpe destino,
actor en mis tragedias, verdugo de mi honor!
Mi lira tiene un trémolo de caracol marino,
y entre el dolor humano yo expreso otro dolor.

No te vas, torcaza rendida, juventud dulce,
dulcemente desfallecida, ¡no te vas!

Quiero apurar el íntimo deleite de la vida...

-¿Y nada más?

-Y un poco más...

CORAZÓN

Tú, corazón florido,
rojo fanal en mi pecho encendido,
coágulo bermejo, rosal de pasión;
tú, mi corazón, un día serás viejo.

Tu ritmo de onda
de soplos de brisas de huertos de Abril,
tu olor de esencia de fronda,
tu triste amor, tu ímpetu pueril,

todo lo apagará con mano blanda
el tiempo, de quien eres un cautivo;
y yacerás en cárcel miseranda,
arcón exhausto, muerto supervivo.

Y tu melodía interna,
tu lúbrico ardor extraviado,
tu ronco són de cisterna,
ya entonces habrán pasado.

Ah, corazón florido,
rojo fanal en mi pecho encendido,
coágulo bermejo, rosal de pasión...
Ah, mi corazón...
Ah, mi corazón...

BALADA DE LA LOCA ALEGRÍA

Mi vaso lleno –el vino del Anáhuac–
mi esfuerzo vano –estéril mi pasión–
soy un perdido –soy un marihuano–
a beber –a danzar al són de mi canción...

Ciñe el tirso oloroso, tañe el jocundo címbalo.
Una bacante loca y un sátiro afrentoso
conjuntan en mi sangre su frenesí amoroso.
Atenas brilla, piensa y esculpe Praxiteles,
y la gracia encadena con rosas la pasión.
¡Ah de la vida parva, que no nos da sus mieles
sino con cierto ritmo y en cierta proporción!
Danzad al soplo de Dionisos que embriaga el corazón...
La Muerte viene, todo será polvo
bajo su imperio: ¡polvo de Pericles,
polvo de Codro, polvo de Cimón!

Mi vaso lleno –el vino del Anáhuac–
mi esfuerzo vano –estéril mi pasión–
soy un perdido –soy un marihuano–
a beber –a danzar al són de mi canción...

De Hispania fructuosa, de Galia deleitable,
de Numidia ardorosa, y de toda la rosa

de los vientos que beben las águilas romanas,
venid, puras doncellas y ávidas cortesanas.
Danzad en deleitosos, lúbricos episodios,
con los esclavos nubios, con los marinos rodios.
Flaminio, de cabellos de amaranto,
busca para Heliogábalo en las termas
varones de placer... Alzad el canto,
reíd, danzad en báquica alegría,
y haced brotar la sangre que embriaga el corazón.
La Muerte viene, todo será polvo:
¡polvo de Augusto, polvo de Lucrecio,
polvo de Ovidio, polvo de Nerón!

Mi vaso lleno –el vino del Anáhuac–
mi esfuerzo vano –estéril mi pasión–
soy un perdido –soy un marihuano–
a beber –a danzar al són de mi canción...

Aldeanas del Cauca con olor de azucena;
montañesas de Antioquia, con dulzor de colmena;
infantinas de Lima, unciosas y augurales,
y princesas de México, que es como la alacena
familiar que resguarda los más dulces panales;
y mozuelos de Cuba, lánguidos, sensuales,
ardorosos, baldíos,
cual fantasmas que cruzan por unos sueños míos;

mozuelos de la grata Cuscatlán –¡oh ambrosía!–
y mozuelos de Honduras,
donde hay alondras ciegas por las selvas oscuras;
entrad en la danza, en el feliz torbellino:
reíd, jugad al són de mi canción:
la piña y la guanábana aroman el camino
y un vino de palmeras aduerme el corazón.

La Muerte viene, todo será polvo:
¡polvo de Hidalgo, polvo de Bolívar,
polvo de la urna, y rota ya la urna,
polvo en la ceguedad del aquilón!

Mi vaso lleno –el vino del Anáhuac–
mi esfuerzo vano –estéril mi pasión–
soy un perdido –soy un marihuano–
a beber –a danzar al són de mi canción...

La noche es bella en su embriaguez de mieles,
la tierra es grata en su cendal de brumas;
vivir es dulce, con dulzor de trinos;
canta el amor, espigan los donceles,
se puebla el mundo, se urden los destinos...
¡Qué el jugo de las viñas me alivie el corazón!
A beber, a danzar en raudos torbellinos,
vano el esfuerzo, inútil la ilusión...

ESTANCIAS

Hacia el jardín de la luz de la ilusión,
entre las brumas de la edad,
echo a volar mi corazón.
Consumido por la pasión
quiero volver a la infantilidad.

Escueto, duro, triste corazón,
ebrio del acre vino de la edad,
envuelto en negras llamas de pasión:
has de volver a la infantilidad,
roto, cansado, viejo corazón.

¡Oh, sí! Volver a la infantilidad,
hacia el jardín de luz de la ilusión...
¿Y cómo ir, entre las brumas de la edad,
perdida ya la sencillez del corazón?

IMÁGENES

Algo queda del hombre antiguo
que hubo en mí,
tan lejano,
tan cercano...
Algo queda del hombre antiguo.

A veces, reclinado junto al balcón, contemplo
el bermellón del lienzo de lumbres del Ocaso,
el azul virginal, la nube, el sol, el ámbito.
Me miro en mí... La proyección etérea
de mi sombra en la luz hasta los montes...

Montes de Guatemala...

Me miro, miro el mundo, y aun escucho
vibrar el aire, arder –¡amar!– de pensamiento
por divinos relámpagos innúmeros cruzado.
Un niño juega en medio de la calle,
y la luz –refracción en sus cabellos–
le nimba el puro rostro de destellos.
Se hunde el sol tras el monte denso y alto;
y monte y sol –¡la Realidad! ¡la Realidad!–
son un reflejo, una ilusión
entre los oros de mi espejo...

¡Qué claro el éter
de Guatemala!

Un ímpetu y me elevo... Voy a volar.
No hay nada del hombre antiguo
en mí.

Mi aeroplano triunfal, veloz, sonoro,
con motor de diamante, con hélices de oro...

Mas en el propio instante de la ascensión, arranca,
trepida en tal impulso la máquina asombrosa,
y el pecho se hinche del dolor proscrito.
¿Es miedo a esa inmersión
en el hondo, callado, musical Infinito?
Algo queda del hombre antiguo...

NOCTURNO

¡Oh, qué gran corazón el corazón del campo
en esta noche azul y pura y reverente,
todo lleno de amor y de piedad sagrada
y fuerza suficiente!

Yo le escucho latir y comprendo mi vida:
me parece tan clara, tan profunda, tan simple,
y tiene como el mar y el monte puro
su raíz en el tiempo sumergida...

Yo le siento latir, y una onda inefable
y cordial y vital me reconforta,
y no pienso que soy un barro deleznable,
y que la brega es dura y corta.

Toda inquietud es vana; la desazón soporta
–me está diciendo a voces un amigo interior–.
El minuto es florido, sonoro y halagüeño;
el corazón del campo te dará su vigor
para entrar en el último sueño...

MOMENTO

Yo fuerte, yo exaltado, yo anhelante,
opreso en la urna del día,
engreído en mi corazón,
ebrio de mi fantasía,
y la Eternidad adelante...

adelante...

adelante...

CANCIÓN DE LA SOLEDAD

Valle fértil, con ojos azules
que el rumor del juncal adormece,
si expira en los juncos un aura lontana;
fácil coro de aplausos que mece
con moroso ritmo la musa liviana;
un laurel... y la hembra en la umbría
a mi voluntad soberana...

¡Alma mía, qué cosa tan vana!

Impúber flautista de rostro florido
que a la luz de un candil imbuído...
—era invierno, nublosa mañana—
rindióse a mi ardor sin sentido...
Viaje loco, locuras innúmeras,
y, contra la Muerte, coros de alegría...
Flautista del Norte, la orgía pagana,
pavor en la orgía...

¡Alma mía, que cosa tan vana!

Dolor sin vocablos, abscóndito, ardiente;
guirnalda de oprobios que abruma la frente,
y un lloro en la noche que un astro redime...

¡Mis ojos no vean el solemne día
en que ya la gloria mi nombre sublime!
Dolor, oblación, poesía, corona lejana...

¡Alma mía, qué cosa tan vana!

Silente, en las sombras, el ímpetu libre
hurtado a la impura materia,
¡es ya el Azul!, ¡es ya la paz de Dios!
Los ámbitos llena feliz pensamiento
que impele a la cumbre del día
el vuelo del ala y el ala del viento;
y comienza a fluir, extrahumana,
la suprema, inmortal Alegría...

¡Alma mía, alma mía, alma mía,
qué cosa tan vana!

ÁRBOL VIEJO

El árbol que sombrea la llanura
tiene cien años de acendrar sus mieles,
de temblar bajo el júbilo del cielo
alargando sus frutos sazonados,
de escuchar el silencio de la noche,
y de ver a las mozas del camino,
perennemente, sin decirles nada...

Los labradores con el hierro al hombro
llegan en la fatiga de la tarde,
y piensan al mirarlo, simplemente:
“Ya rindió sus cosechas más jugosas,
y ofrece al hacha los desnudos brazos
para alimento del hogar: cortémosle”.

¡Oh inquietud vespertina! ¡Cómo tiemblan
mis carnes cual las ramas sacudidas
del árbol que sombrea la llanura!
Me duele el corazón... En el lejano
horizonte se encienden los hogares,
y con un ritmo lánguido y liviano
parece que sollozan los palmares.

Me quedo preguntándome a mí mismo:
¿para qué sirve un árbol? ¿para darle
cuatro varas de sombra al césped trémulo?
¿para temblar bajo el azul del cielo
alargando sus frutos sazonados?
¿para oír el silencio de la noche?
¿para sentir la fiebre de la tierra?
¿para ver a la mozas del camino,
perennemente, sin decirles nada?

Me quedo preguntándome a mí mismo
en la fúlgida noche que desciende;
y ella, que en paz sus luminarens prende,
dilata mi ansiedad con su mutismo...

ANTE EL MAR

Yo traje la visión de mis campos nativos
a la orilla del mar,
y la sentí borrarse, y tuve un calofrío
de vida y muerte.

Yo traje la visión de un agua dilatada;
y en la orilla del mar
vi tan confuso el límite postrero de la tierra
que tuve un calofrío
de vida y muerte.

Y supe que el principio y el fin mío
no marcan las fronteras ni estatuyen los tiempos,
y aprendí la virtud del valle y de los légamos,
y se llenó de espíritu la arcilla de mi carne.

Dilatando la vista
miré en redor la inmensidad sagrada,
como el hombre que sube entre la noche
a la cumbre más alta.

Y quise hablar... Y el fácil movimiento
de mis labios contuve
¡como si el proferir una palabra
fuera tal vez mi muerte!

LA CARNE ARDIENTE

En un jardín de aquel país horrendo
hallé a Fantina, de ojos maternas
y desnudeces mórbidas, tejiendo
guirnaldas con las rosas vespérales.

Y cual las aguas túrbidas de un río
que rompe un viento en procelosa huella,
gimió de amor mi corazón sombrío
y suspiró mi mocedad por Ella.

–“Fantina– dije con ahogadas voces
que al brotar abrasábanme la lengua:-
quiero hundir mis mejillas en la falda
de tu traje, que apenas roza el viento,
entreverar un lirio en tu guirnalda
y ungir tus trenzas con precioso unguento”.

La vi volverse, rígida y sañuda,
por esquivarme el juvenil encanto:
¡quizá en mis voces se sintió desnuda
y la vergüenza desató su llanto!

Y en la tórrida noche cenicienta
de ondas pesadas, que al jardín caía,
miré mi carne ansiosa y opulenta,
¡y en un rojizo resplandor ardía!

SEGUNDA CANCIÓN SIN MOTIVO

Con mi ensueño de brumas, con tu claro rubí,
¡oh tarde!, estoy en ti y estás en mí,
por milagrosa e íntima fusión...

Antes del gran silencio de las estrellas, di:
¿de qué divina mente formamos la ilusión?

Por mi ensueño de brumas, por tu claro rubí,
¡oh tarde muda y bella!, gime mi corazón.

EL ESPEJO

¿Mi nombre? Tengo muchos: canción, locura,
anhelo.

¿Mi acción? Vi un ave hender la tarde, hender el
cielo...

Busqué su huella y sonreí llorando,
y el tiempo fue mis ímpetus domando.

¿La síntesis? No se se supo: un día fecundaré la era
donde me sembrarán. Don Nadie. Un hombre.
Un loco. Nada.

Una sombra inquietante y pasajera.
Un odio. Un grito. Nada. Nada.

¡Oh desprecio, oh rencor, oh furia, oh rabia!
La vida está de soles diademada...

CANCIÓN DE LA HORA FELIZ

Yo tuve un dolor tan íntimo y tan fiero,
de tan cruel dominio y trágica opresión,
que a tientas, en las ráfagas de su huracán
postrero,
fui hasta la Muerte... Un alba se hizo en mi
corazón.

Bien sé que aún me aguardan angustias infinitas
bajo el rigor del tiempo que nevará en mi sien;
que la alegría es lúgubre; que rodarán marchitas
sus rosas en la onda de lúgubre vaivén.

Bien sé que alucinándome con besos sin ternura,
me embriagarán un punto la juventud y Abril;
y que hay en las orgías un grito de pavora,
tras la sensualidad del goce juvenil.

Sé más: mi egregia Musa, de hieles abrevada
en noches sin aurora y en llantos de agonía,
por el fatal destino de dioses engañada
ya no creerá en nada... ni aun en la poesía...

¡Y estoy sereno! En medio del oscuro “algún día”,
de la sed, de la fiebre, de los mortuorios ramos
–¡el día del adiós a todo cuanto amamos!–
yo evocaré esta hora y me diré a mí mismo,
sonriendo virilmente: “Poeta ¿en qué quedamos?”

Y llenaré mi vaso de sombras y de abismo...
¡el día del adiós a todo cuanto amamos!

RETRATO DE UN JOVENCITO

Pintad un hombre joven, con palabras leales
y puras; con palabras de ensueño y de emoción.
Que haya en la estrofa el ritmo de los golpes
cordiales,
y en la rima el encanto móvil de la ilusión.

Destacad su figura, bella, contra el azul
del cielo, en la mañana florida y sonreída:
que el sol la bañe al sesgo y la deje bruñida;
que destelle en sus ojos una luz encendida.

Que haga temblar las carnes un ansia contenida;
y que el torso, y la frente, y los brazos nervudos,
y el cándido mirar, y la ciega esperanza,
¡compendien el radiante misterio de la Vida!

UN HOMBRE

Los que no habéis llevado en el corazón el túmulo
de un Dios
ni en las manos la sangre de un homicidio;
los que no comprendéis el horror de la conciencia
ante el universo,
los que no sentís el gusano de una cobardía
que os roe sin cesar las raíces del ser,
los que no merecéis ni un honor supremo
ni una suprema ignominia.

Los que gozáis las cosas sin ímpetus ni vuelcos,
sin radiaciones íntimas, igual y cotidianamente
fáciles;
los que no devanáis la ilusión del Espacio y el
Tiempo,
y pensáis que la vida es esto que miramos,
y una ley, un amor, un ósculo y un niño.

Los que tomáis el trigo del surco rencoroso,
y lo coméis con manos limpias y modos apacibles;
los que decís: “Está amaneciendo”
y no lloráis el milagro del lirio del alba.

Los que no habéis logrado siquiera ser mendigos,
hacer el pan y el lecho con vuestras propias manos
en los tugurios del abandono y la miseria,
y en la mendicidad mirar los días
con una tortura sin pensamiento.

los que no habéis gemido de horror y de pavor,
como entre duras barras, en los abrazos férreos
de una pasión inicua,
mientras se quema el alma en fulgor iracundo,
muda, lúgubre,
vaso de oprobio y lámpara de sacrificio universal:

Vosotros no podéis comprender el sentido
doloroso
de esta palabra: ¡UN HOMBRE!

NUEVAS ESTANCIAS

El aire es tierno, lácteo, da dulzura.
Miro en la luz vernal arder las rosas
y gozo de su efímera ventura...
¡Cuántas no se abrirán, aún más hermosas!

Estos que vi de niños han trocado
en ardor sus anhelos inocentes,
y se enlazan y ruedan por el prado...
¡Cuántos no se amarán, aún más ardientes!

La tarde está muriendo, y el marino
soplo rasga sus velos y sus tules,
franjados por el ámbar ponentino...
¡Cuántas no brillarán, aún más azules!

EL CORAZÓN REBOSANTE

El alma traigo ebria de aroma de rosales
y del temblor extraño que dejan los caminos...
A la luz de la luna las vacas maternas
dirigen tras mi sombra sus rojos opalinos.

Pasan con sencillez hacia la cumbre,
rumiando simplemente las hierbas del vallado;
o bien bajo los árboles, con clara mansedumbre,
se aduermen al arrullo del aire sosegado.

Y en la quietud augusta de la noche mirífica,
como sutil caricia de trémulos pinceles,
del cielo florecido la claridad magnífica
fluye sobre la albura de sus lustrosas pieles.

Y yo discurro en paz, y solamente pienso
en la virtud sencilla que mi razón impetra;
hasta que, en la elación el ánimo suspenso,
gozo la sencillez que viene y me penetra.

Sencillez de las bestias sin culpa y sin resabio;
sencillez de las aguas que apuran su corriente;
sencillez de los árboles... ¡Todo sencillo y sabio,
Señor, y todo justo, y sobrio, y reverente!

Cruzando las campiñas, tiemblo bajo la gracia
de esta bondad augusta que me llena...
¡Oh dulzura de mieles! ¡Oh grito de eficacia!
¡Oh manos que vertísteis en mi espíritu
la sagrada emoción de la noche serena!

Como el varón que sabe la voz de las mujeres
en celo, temblorosas cuando al amor incitan,
yo sé la plenitud en que todos los seres
viven de su virtud, y nada solicitan.

Para seguir viviendo la vida que me resta
haced mi voluntad templada y fuerte y noble,
oh virginales cedros de lírica floresta,
oh pródidas campiñas, oh generoso roble.

Y haced mi corazón fuerte como vosotros
del monte en la frecuencia,
oh dulces animales, que no sabiendo nada,
bajo la carne humilde sabéis la antigua ciencia
de estar oyendo siempre la soledad sagrada.

ELEGÍA DEL MARINO ILUSORIO

Pensando estoy... Mi pensamiento tiene
ya el ritmo, ya el color, ya el ardimiento
de un mar que alumbran fuegos ponentinos.
A la borda del buque van danzando,
ebrios del mar, los jóvenes marinos.

Pensando estoy... Yo, cómo ceñiría
la cabeza encrespada y voluptuosa
de un joven, en la playa deleitosa,
cual besa el mar con sus lenguas el día.
Y cómo de él cautivo, temblando, suspirando,
contra la Muerte,
su juventud indómita, tierno, protegería.
Contra la Muerte,
su silueta ilusoria vaga en mi poesía.

Morir... ¿Conque esta carne cerúlea, macerada
en los jugos del mar, suave y ardiente,
será por el dolor acongojada?
Y el ser bello en la tierra encantada,
y el soñar en la noche iluminada,
y la ilusión, de soles diademada,
y el vigor... y el amor... ¿fue nada, nada?

¡Dame tu miel, oh niño de boca perfumada!

ELEGÍA PLATÓNICA

Amo a un joven de insólita pureza,
todo de lumbre cándida investido:
la vida en él un nuevo dios empieza,
y ella en él cobra número y sentido.

Él, en su cotidiano movimiento
por ámbitos de bruma y gnomo y hada,
circunscribe las flámulas del viento
y el oro ufano en la espiga enarcada.

Ora fulgen los lagos por la estría...
Él es paz en el alba nemorosa.
Es canción en lo cóncavo del día.
Es lucero en el agua tenebrosa...

LA REINA

En nada creo, en nada... Como noche iracunda
llena del huracán, así es mi “Nada”.

En su frente profunda
mi estirpe fue de hieles abrevada.

Solloza en mi razón un soplo frío
que antiguo brío hiela en la inacción.
Desprecio de mí mismo: ¡estoy llagado!
Desprecio de mí mismo: ¡has gangrenado mi corazón!

Ni un albo amor ni un odio me estremece,
forma ciega en negrura ilimitada;
y a ritmo y ritmo el corazón parece
decir muriendo: “Nada... nada...”

Mi musa fue de dioses engañada.

Al aura errante, al lampo del lucero,
al tremulante amor de un joven marinero,
en la noche de caudas opalinas pregunto:
“Qué enigma está en vosotros?” Y responde,
por mi carne de cirios alumbrada,
mi Musa en sus laureles desolada:

–Nada...

¡Oh Reina, rencorosa y enlutada!

CANCIÓN DEL TIEMPO Y EL ESPACIO

El dulce niño pone el sentimiento
entre la pompa de jabón que fía
el lirio de su mano a la extensión.
El dulce niño pone el sentimiento
y el contento en la pompa de jabón.

Yo pongo el corazón –¡pongo el lamento!–
entre la pompa de ilusión del día,
en la mentira azul de la extensión.
El dulce niño pone el sentimiento
y el contento. Yo pongo el corazón...

LOS DESPOSADOS DE LA MUERTE

Michael Farrel ardía con un ardor puro como la luz.
Sus manos enseñaban a amar los lirios
y sus sienes a desear el oro de las estrellas.
En sus ojos bullían trémulas luces oceánicas.
Sus formas eran el himno de castidad de la arcilla,
suave y fragante y musical.
Bajo sus bucles rubios, undosos y profusos,
parecían temblar las alas de un ángel.

Emiliano Atehortúa era muy sencillo
y traía una infantilidad inagotable.
Su adolescencia láctea, meliflua y floreal,
fluía por las escarpas de mi madurez
como fluye por el cielo la leche del alba.
Cuando le vi en el vano ejercicio de la vida
me pareció que me envolvía el rumor de una selva
y me inundó el corazón la virtud musical de las
aguas.
Hay almas tan melódicas como si fueran ríos
o bosques en las orillas de los ríos.

Guillermo Valderrama era indolente y apasionado.
Como un licor de bajo precio,
la vida le produjo una embriaguez innoble.
Sus formas pregonaban el triunfo de una estirpe.
Había en su voz un glu-glu redentor
y su amante le llamó una vez
“el príncipe de las hablas de agua”.

Leonel Robledo era muy tímido
bajo una apariencia llena de majestad.
En el recóndito espejo de su ternura
se le reflejaba la imagen de una mujer.
Toda su fuerza era para el ensueño y la evocación.
Le vi llorar una vez por males de ausencia
y me dije: hay una tempestad en una gota de rocío,
y, sin embargo, no se conmueven los luceros
Stello Ialadaki era armonioso, rosáceo, azulino,
como los mares de Grecia, como las islas que ellos
ciñen.

Efundía del mundo algo irreal, risueño, fantástico.
Se le veía como marchando de las playas de ensueño
que rozaron las quillas de Simbad el Marino,
hacia las vagas latitudes
por donde erró Sir John de Mandeville.
Cuando le conocí tuve antojo de releer la Odisea,
y por la noche soñé en el misterio de las espigas.

¡Evanaam! ¡Evanaam!

Juan Rafael Agudelo era fuerte. Su fuerza trascendía
como los rancos ecos del monte a los pinos.
Alma laboriosa, la soledad era su ambiente necesario.
Sus ilusiones fructificaban como una floresta
oculta por los tules del todavía no.
Sus palabras revelaban la fuerza de la realidad,
y sus actos tenían la sencillez de un gajo de roble.

ELEGÍA DE SEPTIEMBRE

Cordero tranquilo, cordero que paces
tu grama y ajustas tu ser a la eterna armonía:
hundiendo en el lodo las plantas fugaces,
hui de mis campos feraces
un día...

Ruiseñor de la selva encantada
que preludias el orto abrileno:
a pesar de la fúnebre muerte, y la sombra, y la nada,
yo tuve el ensueño.

Sendero que vas del alcor campesino
a perderte en la azul lontananza:
los dioses me han hecho un regalo divino:
la ardiente esperanza.

Espiga que mecen los vientos, espiga
que conjuntas el trigo dorado:
al influjo de soplos violentos,
en las noches de amor, he temblado.

Montaña que el sol transfigura,
Tabor al febril mediodía,
silente deidad en la noche estilífera y pura:
¡nadie supo en la tierra sombría
mi dolor, mi temblor, mi pavora!

Y vosotros, rosal florecido,
lebreles sin amo, luceros, crepúsculos,
escuchadme esta cosa tremenda: ¡He vivido!

He vivido con alma, con sangre, con nervios, con
músculos,
y voy al olvido...

LA ESTRELLA DE LA TARDE

Un monte azul, un pájaro viajero,
un roble, una llanura,
un niño, una canción... Y, sin embargo,
nada sabemos hoy, hermano mío.

Bórranse los senderos en la sombra,
el corazón del monte está cerrado,
el perro del pastor trágicamente
aúlla entre las hierbas del vallado.

Apoya tu fatiga en mi fatiga,
que yo mi pena apoyaré en tu pena,
y llora, como yo, por el influjo
de la tarde traslúcida y serena.

Nunca sabremos nada...

¿Quién puso en nuestro espíritu anhelante,
vago rumor de mares en zozobra,
emoción desatada,
quimeras vanas, ilusión sin obra?

Hermano mío, en la inquietud constante,
nunca sabremos nada...

¿En qué grutas de islas misteriosas
arrullaron los númenes tu sueño?
¿Quién me da los carbones irreales
de mi ardiente pasión, y la resina
que efunde en mis poemas su fragancia?
¿Qué voz suave, qué ansiedad divina
tiene en nuestra ansiedad su resonancia?

Todo inquirir fracasa en el vacío,
cual fracasan los bólidos nocturnos
en el fondo del mar; toda pregunta
vuelve a nosotros trémula y fallida,
como del choque en el cantil fragoso
la flecha por el arco despedida.

Hermano mío, en el impulso errante,
nunca sabremos nada.
Y sin embargo...

¿Qué mística influencia
vierte en nuestros dolores un bálsamo radiante?
¿Quién prende a nuestros hombros
manto real de púrpuras gloriosas,
y quién a nuestras llagas
viene y las unge y las convierte en rosas?

Tú, que sobre las hierbas reposadas
de cara al cielo, dices de repente:
“¡La estrella de la tarde están encendida!”
Ávidos buscan su fulgor mis ojos
a través de la bruma, y ascendemos
por el hilo de luz...

Un grillo canta
en los repuestos musgos del cercado,
y un incendio de estrellas se levanta
en tu pecho, tranquilo ante la tarde,
y en mi pecho en la tarde sosegado...

PORFIRIO BARBA JACOB (1883-1942)

Porfirio Barba Jacob, último y más famoso de los seudónimos del poeta y periodista antioqueño Miguel Ángel Osorio Benítez, nacido en Santa Rosa de Osos (1883). Con este seudónimo y con el de Ricardo Arenales firmó todos sus poemas. Entre 1906-1907, en Barranquilla, escribió sus primeros textos que hicieron parte de *Campesina Florida* (1907), donde apareció su más conocido poema: *Canción de la vida profunda*. Entonces adoptó el sobrenombre de Ricardo Arenales, que usó hasta 1922, cuando en Guatemala, lo cambió por Barba Jacob que conservó hasta su muerte.

Dice por internet, Fernando Vallejo en *Entre el delirio y el asombro* que, Barba Jacob “escribió una biografía de Pancho Villa glorificando al bandido, de la cual dice la leyenda se vendieron veinte mil ejemplares, pero de los que no se conserva ni uno solo, y agrega, que luego de ser expulsado de Guatemala transformado en cura, anduvo predicando, de campamento en campamento, por las plantaciones bananeras de la costa norte hondureña” y de otros países centroamericanos, donde ejerció el periodismo provocador, amarillista y sesgado que le valió detenciones y exilios, que asumía con resignación irónica.

“El mensajero” se titula la más bella y completa biografía de su vida y obra, escrita por Fernando Vallejo en 1991.

Murió pobre, solo, desprestigiado y tuberculoso en Ciudad de México, el 14 de enero de 1942.

CONTENIDO

Canción de la vida profunda [7], Futuro [9],
No tardaré. No llores... [10], Parábola del retorno [11],
 Virtud interior [14], Ánima victa [16],
Triste amor [18], Soberbia [19], Sapiencia [20],
Lamentación de Octubre [21], Canción ligera [23],
 El pensamiento perdido [24],
 Nueva canción de la vida profunda [26],
 Corazón [28], Balada de la loca alegría [29],
Estancias [32], Imágenes [33], Nocturno [35],
 Momento [36], Canción de la soledad [37],
 Árbol viejo [39], Ante el mar [41],
 La carne ardiente [42],
 Segunda canción sin motivo [43],
 El espejo [44], Canción de la hora feliz [45],
 Retrato de un jovencito [47], Un hombre [48],
 Nuevas estancias [50], El corazón rebosante [51],
Elegía del marino ilusorio [53], Elegía platónica [54],
La reina [55], Canción del tiempo y el espacio [56],
 Los desposados de la muerte [57],
Elegía de Septiembre [60], La estrella de la tarde [62]

COLECCIÓN UN LIBRO POR CENTAVOS

1. *Postal de viaje*, Luz Mary Giraldo
2. *Puerto calcinado*, Andrea Cote
3. *Antología personal*, Fernando Charry Lara
4. *Amantes y Si mañana despierto*, Jorge Gaitán Durán
5. *Los poemas de la ofensa*, Jaime Jaramillo Escobar
6. *Antología*, María Mercedes Carranza
7. *Morada al sur*, Aurelio Arturo
8. *Ciudadano de la noche*, Juan Manuel Roca
9. *Antología*, Eduardo Cote Lamus
10. *Orillas como mares*, Martha L. Canfield
11. *Antología poética*, José Asunción Silva
12. *El presente recordado*, Álvaro Rodríguez Torres
13. *Antología*, León de Greiff
14. *Baladas – Pequeña Antología*, Mario Rivero
15. *Antología*, Jorge Isaacs
16. *Antología*, Héctor Rojas Herazo
17. *Palabras escuchadas en un café de barrio*, Rafael del Castillo
18. *Las cenizas del día*, David Bonells Rovira
19. *Botella papel*, Ramón Cote Baraibar
20. *Nadie en casa*, Piedad Bonnett
21. *Álbum de los adioses*, Federico Díaz-Granados
22. *Antología poética*, Luis Vidales
23. *Luz en lo alto*, Juan Felipe Robledo
24. *El ojo de Circe*, Lucía Estrada
25. *Libreta de apuntes*, Gustavo Adolfo Garcés
26. *Santa Librada College and other poems*, Jotamario Arbeláez
27. *País íntimo. Selección*, Hernán Vargascarreño
28. *Una sonrisa en la oscuridad*, William Ospina
29. *Poesía en sí misma*, Lauren Mendinueta
30. *Alguien pasa. Antología*, Meira Delmar
31. *Los ausentes y otros poemas. Antología*, Eugenio Montejo
32. *Signos y espejismos*, Renata Durán
33. *Aquí estuve y no fue un sueño*, John Jairo Junieles
34. *Un jardín para Milena. Antología mínima*, Omar Ortiz
35. *Al pie de la letra. Antología*, John Galán Casanova
36. *Todo lo que era mío*, Maruja Vieira
37. *La visita que no pasó del jardín. Poemas*, Elkin Restrepo
38. *Jamás tantos muertos y otros poemas*, Nicolás Suescún

39. *De la dificultad para atrapar una mosca*, Rómulo Bustos Aguirre
40. *Voces del tiempo y otros poemas*, Tallulah Flores
41. *Evangelio del viento. Antología*, Gustavo Tatis Guerra
42. *La tierra es nuestro reino. Antología*, Luis Fernando Afanador
43. *Quiero escribir, pero me sale espuma. Antología*, César Vallejo
44. *Música callada*, Jorge Cadavid
45. *¿Qué hago con este fusil?*, Luis Carlos López
46. *El árbol digital y otros poemas*, Armando Romero
47. *Fe de erratas. Antología*, José Manuel Arango
48. *La esbelta sombra*, Santiago Mutis Durán
49. *Tambor de Jadeo*, Jorge Boccanera
50. *Por arte de palabras*, Luz Helena Cordero Villamizar
51. *Los poetas mienten*, Juan Gustavo Cobo Borda
52. *Suma del tiempo. Selección de poemas*, Pedro A. Estrada
53. *Poemas reunidos*, Miguel Iriarte
54. *Música para sordos*, Rafael Courtoisie
55. *Un día maíz*, Mery Yolanda Sánchez
56. *Breviario de Santana*, Fernando Herrera Gómez
57. *Poeta de vecindario*, John Fitzgerald Torres
58. *El sol es la única semilla*, Gonzalo Rojas
59. *La frontera del reino*, Amparo Villamizar Corso
60. *Paraíso precario*, María Clemencia Sánchez
61. *Quiero apenas una canción*, Giovanni Quessep
62. *Como quien entierra un tesoro. Poemas escogidos*, Orlando Gallo Isaza
63. *Las contadas palabras. Antología*, Óscar Hernández
64. *Yo persigo una forma*, Rubén Darío
65. *En lo alto del instante*, Armando Orozco Tovar
66. *La fiesta perpetua. Selección*, José Luis Díaz-Granados
67. *Amazonia y otros poemas*, Juan Carlos Galeano
68. *Resplandor del abismo*, Orietta Lozano
69. *Morada de tu canto*, Gonzalo Mallarino Flórez
70. *Lenguaje de maderas talladas*, María Clara Ospina Hernández
71. *Tierra de promisión*, José Eustasio Rivera
72. *Mirándola dormir y otros poemas*, Homero Aridjis
73. *Herederos del canto circular*, Fredy Chikangana, Vito Apúshana, Hugo Jamioy
74. *La noche casi aurora*, Eduardo Gómez
75. *Nada es mayor. Antología*, Arturo Camacho Ramírez
76. *Canción de la vida profunda. Antología*, Porfirio Barba Jacob



Editado por
el Departamento de Publicaciones
de la Universidad Externado de Colombia
en diciembre de 2011

Se compuso en caracteres
Sabon de 10,5 puntos
y se imprimió
sobre papel periódico de 48,8 gramos,
con un tiraje de
8.000 ejemplares.
Bogotá, Colombia

Externado
125 años de educación para la libertad
de cara al futuro

